

ANTE EL PRIMER SIGLO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

por
FRANCISCO GALDAMES R.

El espectáculo crujiente de las fuerzas consolidadas por la técnica parece, transitoriamente al menos, subordinar todo lo que hasta hoy hemos considerado como superior. Asistimos a una hora de incertidumbre; los espíritus saltan continuamente para asomarse a un redondel ardiente; tras la careta indiferente de los humanos, tiembla ruidosa su alma proyectándose hacia el porvenir. El simple diálogo ha perdido su dulce inocencia, las mentalidades han sido atrapadas por los sucesos que hoy sacuden el mundo; la prensa y las reuniones martillean con parcialidad desesperante a los que aún no han hipotecado sus conciencias. La sensibilidad del hombre libre recibe serenatas de todos los vientos, acercándose la hora en que los diques de marfil se rompan, arrasándolo todo. ¿Fatalmente el destino será entregarse? Epoca de la fe perdida, los espíritus parecen recogerse a su último refugio.

Y es la historia la que hoy se está escribiendo; la historia desplazada a personajes condecorados, adscrita a lo meramente externo, a lo espectacular. Es el triunfo de los irresponsables sobre el fruto sin substancia de los capaces. La ciencia, la cultura, todas las fuerzas orientadoras disgregándose sin encontrar su norte. La obscuridad da impulso al pacifismo retardatario que se impone como actitud.

La falta de brújula crea un clima sordo de interrogantes, de vacilaciones, de hipertrofia del sentido político. Todo se mira a través del prisma que determina el gesto de los gobernantes, de caudillejos que se sienten personajes históricos. Las manifestaciones de la mentalidad, las instituciones de cultura, la división de las funciones del trabajo, las peculiaridades en la distribución de la riqueza, el silencioso empuje de las masas trabajadoras, todo aquello que constituye el núcleo medular de la historia, la vida estable de una nación, sólo ha servido hasta ahora de impasible e inerte plataforma a la ambición que revienta en los campos de batalla.

Y en este cuadro sangrante, encajado en uno de los vértices del último triángulo del mundo, Chile, país de inmensas riquezas en potencia, celebra un acontecimiento que le significó incorporarse en el concierto de las naciones civilizadas. Y este primer siglo de intensa vida cultural es como una invitación, insinúa un camino que en esta hora dramática es tan necesario encontrar.

De dos plumadas pretendemos condensar — previa venia a la docta historia —, el proceso que arranca de 1843 hasta nuestros días. Se creó la Uni-

versidad de Chile para servir una misión espiritual y directiva, nacional y civilizadora. La función directiva que se le asignaba, en todas las manifestaciones del pensamiento nacional, comenzaba por comprender la enseñanza en todos sus grados. Apasionaron a los contemporáneos de la época los puntos de vista sostenidos por Bello y Lastarria respecto a la concepción del desenvolvimiento educacional. Para el ilustre visitante, apegado a los intereses aristocráticos, "desde las cumbres del pensamiento, como desde las altas montañas, descendería el raudal fecundador de la llanura"; la multitud recibiría así la esencia del saber como un don del cielo; Lastarria afirmaba que la educación "no era una dádiva eventual de ningún hombre, ni de ningún grupo de hombres, sino un derecho exigible por todo ser humano". Es decir, el Rector le concedía a la Universidad la función de un foco que desde lo alto irradiara su luz bienhechora, incorporando poco a poco a las masas a la vida civilizada; por su parte, el autor de las "Investigaciones" estimaba que el punto de partida de la enseñanza se encontraba en la escuela primaria. Las divergencias para juzgar los diferentes aspectos del campo de la cultura fueron siempre hondas entre ambos pensadores; educadores y sociólogos mantienen latente aún en nuestros días el estudio del problema.

Tres etapas bien características podemos distinguir en la vida de nuestra Universidad. Fué en la primera — hasta 1878 — una corporación más académica que docente, más orientadora que administrativa de sus propios estudios. Resabios del feudalismo latían en sus aulas, el eco del tradicionalismo colonial se prolongó en ella durante toda una generación. Sin embargo, a través de sus cuatro Facultades, cumplió su misión de acuerdo con las expectativas que se tuvieron en vista al fundarla; impulsando el estudio de las letras, de las artes y de las ciencias, amasó una cultura propia que tuvo en cuenta la naturaleza del país y la idiosincrasia de sus habitantes.

Con la reforma de 1879 adquirió un giro exclusivamente profesional. El aprendizaje científico se subordinó por completo a la finalidad técnica por un lapso de un cuarto de siglo más o menos. El profesionalismo había coincidido con una poderosa expansión en los negocios y en los distintos órdenes de las actividades productoras; expansión que trajo consigo la exaltación al primer plano de los valores económicos.

Fué en los primeros años del siglo en que vivimos cuando la Universidad entra a su tercera etapa con un afán de perfeccionamiento tendiente a desplazar de su preponderancia al profesionalismo, para abrir nuevos caminos a la investigación desinteresada, a las bellas artes y a las letras. Influencias exteriores y el estudio de la realidad social del país dan nacimiento a profundas inquietudes entre el elemento joven; era imperiosa la necesidad de buscar otro tipo de cultura superior, más amplio, más elevado, más a tono con las preocupaciones sociales del momento; se pedía la humanización de la ciencia, colocándola al servicio de toda la nación y en especial de sus clases laboriosas.

El conflicto mundial del 14-18 vino a tonificar poderosamente la campaña de renovación, tanto en Chile como en el resto de Indocamérica. Se proclamó a todos los vientos la crisis de la civilización y la cultura, yendo las miradas a converger, en un intento de salvación, al problema educacional. Las ideas socializantes, captadas ya por la antena de estos pueblos, tienden a crear un ambiente más comprensivo para el espíritu y para la acción. Fué,

versidad de Chile para servir una misión espiritual y directiva, nacional y civilizadora. La función directiva que se le asignaba, en todas las manifestaciones del pensamiento nacional, comenzaba por comprender la enseñanza en todos sus grados. Apasionaron a los contemporáneos de la época los puntos de vista sostenidos por Bello y Lastarria respecto a la concepción del desenvolvimiento educacional. Para el ilustre visitante, apegado a los intereses aristocráticos, "desde las cumbres del pensamiento, como desde las altas montañas, descendería el raudal fecundador de la llanura"; la multitud recibiría así la esencia del saber como un don del cielo; Lastarria afirmaba que la educación "no era una dádiva eventual de ningún hombre, ni de ningún grupo de hombres, sino un derecho exigible por todo ser humano". Es decir, el Rector le concedía a la Universidad la función de un foco que desde lo alto irradiara su luz bienhechora, incorporando poco a poco a las masas a la vida civilizada; por su parte, el autor de las "Investigaciones" estimaba que el punto de partida de la enseñanza se encontraba en la escuela primaria. Las divergencias para juzgar los diferentes aspectos del campo de la cultura fueron siempre hondas entre ambos pensadores; educadores y sociólogos mantienen latente aún en nuestros días el estudio del problema.

Tres etapas bien características podemos distinguir en la vida de nuestra Universidad. Fué en la primera — hasta 1878 — una corporación más académica que docente, más orientadora que administrativa de sus propios estudios. Resabios del feudalismo latían en sus aulas, el eco del tradicionalismo colonial se prolongó en ella durante toda una generación. Sin embargo, a través de sus cuatro Facultades, cumplió su misión de acuerdo con las expectativas que se tuvieron en vista al fundarla; impulsando el estudio de las letras, de las artes y de las ciencias, amasó una cultura propia que tuvo en cuenta la naturaleza del país y la idiosincrasia de sus habitantes.

Con la reforma de 1879 adquirió un giro exclusivamente profesional. El aprendizaje científico se subordinó por completo a la finalidad técnica por un lapso de un cuarto de siglo más o menos. El profesionalismo había coincidido con una poderosa expansión en los negocios y en los distintos órdenes de las actividades productoras; expansión que trajo consigo la exaltación al primer plano de los valores económicos.

Fué en los primeros años del siglo en que vivimos cuando la Universidad entra a su tercera etapa con un afán de perfeccionamiento tendiente a desplazar de su preponderancia al profesionalismo, para abrir nuevos caminos a la investigación desinteresada, a las bellas artes y a las letras. Influencias exteriores y el estudio de la realidad social del país dan nacimiento a profundas inquietudes entre el elemento joven; era imperiosa la necesidad de buscar otro tipo de cultura superior, más amplio, más elevado, más a tono con las preocupaciones sociales del momento; se pedía la humanización de la ciencia, colocándola al servicio de toda la nación y en especial de sus clases laboriosas.

El conflicto mundial del 14-18 vino a tonificar poderosamente la campaña de renovación, tanto en Chile como en el resto de Indoamérica. Se proclamó a todos los vientos la crisis de la civilización y la cultura, yendo las miradas a converger, en un intento de salvación, al problema educacional. Las ideas socializantes, captadas ya por la antena de estos pueblos, tienden a crear un ambiente más comprensivo para el espíritu y para la acción. Fué,

entonces, en buena parte, el estremecimiento de furor que ensangrentó a Europa el que provocó la presión incontenible hacia una revisión de valores; la Universidad, institución social, no podía substraerse a los vaivenes del medio en que actuaba. Sufrió así el embate que, rompiendo vallas, daría paso a un sentido más cabal de sus deberes.

La trayectoria seguida por la Universidad del Estado señala curvas hinchadas y determinadas siempre por factores sociales. Los aires reformistas, cristalizados plenamente en nuestro país desde 1925 en adelante, aparte de contener aspiraciones que colocan en primer plano la investigación científica, la especulación filosófica y un reajuste de la función profesional, tienden, en forma muy especial, a crear un clima permanente de tensión hacia la verdad y hacia el bien colectivo.

Y hay algo, por último, que tiene atinencia con el problema universitario. Se acepta como verdad indiscutible que el respeto entre los pueblos se funda en la equivalencia de los valores morales. Pues bien, los pueblos de este continente, países nuevos y en pleno proceso de formación, sienten, en esta hora decisiva, la urgencia de obtener herramientas que los arranquen de la explotación extranjera; comprenden que están expuestos a ser dominados u oprimidos por el poder de la cultura depositada en manos de naciones antiguas. De esta realidad tajante, la única defensa eficaz reside en una intensiva capacitación de la juventud para comprender los complejos problemas de la hora presente. Este es el deber central de una institución universitaria que, como sucede en Chile, es el crisol de los estadistas, directora de la mentalidad nacional.

América, dueña de una prehistoria rica y sugerente, Chile, con cuatro siglos de civilización occidental y cien años de movimiento cultural, justifican, hasta hacerlo apremiante, la necesidad de un estudio sobre sus propios valores, proyectado hacia la superación de una cultura a la cual hasta hoy sólo nos habíamos acostumbrado a imitar.

F. G. R.